

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 21



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Toribio Alfonso Mogrovejo, santo forjador del Perú (valores destacados por sus contemporáneos)

José Antonio Benito Rodríguez
Universidad Católica Sedes Sapientiae

La mejor organización de la vida de la Iglesia, el conocimiento de la realidad del Perú, la permanente preocupación por la evangelización del hombre andino, la enseñanza de su vida ejemplar, son algunos de los planos que nos permiten descubrir el vínculo profundo entre Toribio de Mogrovejo y el Perú. Es el gran educador del hombre de la sociedad peruana [...] uno de los grandes forjadores de la nacionalidad [...] uno de los artífices de la nueva sociedad [peruana] [...] La obra de gobierno de Toribio de Mogrovejo, la afirmación y defensa de sus derechos y obligaciones, su apostolado con los indios y la defensa del hombre nativo como persona humana que es, todo esto es posible, como el esfuerzo singular de las 'visitas' por la calidad humana y la santidad de vida del Arzobispo de Lima. Toda su obra muestra y es fruto de su vida y de su virtud. Austero, alegre, sobrio, caritativo, penitente, cumplidor, minucioso del deber, generoso, ganaba el corazón de los hombres y comunicaba el amor a Dios (Puente Candamo 1992).

Los textos entresacados de la ponencia del doctor José Agustín de la Puente en el magno congreso sobre la *Historia de la evangelización de América* convocado y organizado por la Pontificia Comisión para América Latina, en la ciudad del Vaticano, en 1992, con motivo del V Centenario de la evangelización de América, nos dan la clave del presente artículo que quiere ser de homenaje a su fecundo magisterio en estos 50 años jubilares en el umbral del tercer milenio. He seleccionado uno de los denominados por el doctor de la Puente como "forjadores de la nacionalidad peruana", tomando los testimonios más significativos de los más de 275 testigos que informan en los procesos de beatificación y canonización. Todos ellos, a modo de teselas, nos ayudarán a configurar la honda y completa personalidad de santo Toribio como clave y manantial del que brotó el rico caudal de realidades que cimentarán el Perú en construcción.

I. Introducción

Cien años atrás, en 1899, se reunían en Roma, por vez primera en toda su historia, obispos de Latinoamérica, con el deseo de preparar el nuevo siglo cristiano de América. En el momento de redactar las *Actas*, no dudan en colocar en primer lugar la fórmula de consagración al Corazón de Jesús, proclamando enfáticamente a santo Toribio Alfonso Mogrovejo como el "Astro más luciente del episcopado del Nuevo Mundo" (*Actas* 1906: 4), reiterando en la conclusión de la consagración: "Tú más que ninguno, acuérdate de nosotros, oh Toribio bendito, ejemplo y esplendor sin igual de Prelados y Padres de Concilios" (*Ibidem*: 8). Más adelante, el obispo de San Luis de Potosí, monseñor Ignacio Montes de Oca, el 4 de julio de 1899, recuerda ante los padres sinodales las egregias figuras del episcopado americano para concluir en la proclamación de nuestro protagonista como "tipo y dechado de apostólicos varones [...] espejo de prelados, cuyos rayos y resplandores de tal suerte circundaron de luz a los que después florecieron, que los transformaron [...] en otros tantos Toribios" (*Ibidem*: CXI). Y, dentro del cuerpo del Concilio, ya en la sesión última, las *Aclamaciones* dedicarán todo un apartado a su persona:

A santo Toribio, a quien reverenciamos como modelo y honor esplendente de los obispos y concilios de la América Latina, tribútese perpetua veneración. Prelado santísimo, intercede por nosotros, para que nuestra tareas conciliares produzcan frutos sempiternos (*Ibidem*: CXLI).

Casi un siglo después, ha vuelto a reunirse la Iglesia del nuevo continente, en el Sínodo de América de 1998, para acometer el reto de la nueva evangelización en el tercer milenio, a las puertas del Jubileo del 2000. Nuevamente, el Papa Juan Pablo II llama la atención acerca de lo esencial y fundamental para la auténtica renovación: la santidad; reconociendo que "el mayor don que América ha recibido del Señor es la fe, que ha ido forjando su identidad cristiana [...] La expresión y los mejores frutos de la identidad cristiana de América son sus santos" (*Ecclesia in America* 1999).

El mismo Juan Pablo II, acogiendo esta general veneración de los obispos, le declarará patrono de los obispos de América Latina, el 10 de mayo de 1983.¹

¹ "Los obispos del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) profesan una peculiar veneración hacia santo Toribio Mogrovejo, Arzobispo de Lima, quien durante

Dos años más tarde, en su viaje al Perú en 1985 recogió la viva actualidad del santo en su mensaje, sintetizado en cuatro puntos: evangelización para santidad, la unidad en la fidelidad, la dignidad de la persona, en constante sintonía con la Sede Apostólica (Documentos Palabra 1985).

Del hontanar inmarcesible que constituye la vida de un santo, mucho más si se trata del polifacético santo Toribio, siempre brotan nuevas fuentes en las que sorber su espíritu. La que les ofrezco tiene como fuente el Archivo Arzobispal de Lima, donde se custodia el rico tesoro de los procesos de beatificación y canonización abiertos en Lima. El presente repertorio ha sido extraído de los testigos interrogados tanto en el proceso ordinario de la beatificación de los años 1631-1632, como en el apostólico de 1659-1661, y el último, encaminado a la canonización, de 1684-1685 y 1689-1690.² Mi propósito es compartir algunos datos acerca de su "vida y virtud", ya que —como señala el doctor de la Puente— su obra sólo se entiende "por la calidad humana y la santidad de vida" de nuestro protagonista.

El andaluz D. Luis de Córdoba y Figueroa, del Cuerpo del Real Tesoro de la Ciudad de los Reyes, y que conoció a santo Toribio "desde niño que andaba a la escuela" por la gran amistad que unía a su familia con la de la familia del gobernador don Francisco de Quiñones y doña Grimanesa Mogrovejo, destacará en el proceso

la segunda mitad del siglo XVI y los comienzos del siglo XVII, ejerció el cuidado pastoral con ardentísimo celo sobre los fieles a él encomendados, promoviendo la vida religiosa de toda aquella región y atendiendo con especialísima solicitud a los nativos.

Por este motivo, el Venerable Hermano Antonio Quarracino, presidente de dicho Consejo, acogiendo el unánime deseo de todos los obispos, ratificó la elección de santo Toribio de Mogrovejo como patrono de todo el episcopado de América Latina y pidió rápidamente que tal elección y aprobación fuese confirmada, según las normas de la Instrucción sobre la revisión de los calendarios particulares y de los oficios y misas propias, No. 30.

Constando, pues, que se han cumplido ambas condiciones, conforme a derecho y oído el parecer de la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino, nos acogemos benignamente a la petición y con vuestra potestad y autoridad apostólica declaramos y confirmamos a santo Toribio de Mogrovejo como *patrono ante Dios de todos los obispos de América Latina* y confiamos que como este Santo para ellos será intercesor de celestiales gracias, así también dichos prelados lo adoptarán como modelo del ministerio pastoral.

Sin que obste nada en contrario.

Fecha en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, día diez de mayo del Señor, 1983, quinto de nuestro Pontificado 'Joannes Paulus'".

² Principalmente me he basado en los 16 legajos del Archivo Arzobispal de Lima. *Actas del proceso de beatificación de santo Toribio.*

ordinario de beatificación de 6 de marzo de 1632 “que toda su vida fue una pelea y milicia desde que entró en esta tierra hasta que murió” (I, 625).

Juan de la Roca, Arcediano del Cabildo Catedralicio de Lima, que le conoció muy de cerca, compendiará su vida con una sentencia contundente en junio de 1631: “y era un sermón solamente verle y que aunque había algunas veces ruido en la Iglesia, nunca atendió a divertirse a nada” (I, 9).

Uno de sus secretarios, Bartolomé Menacho, quien le conoce desde que llegó a Lima en mayo de 1581: “y le trató y comunicó de día y de noche todo el tiempo que asistió en esta ciudad [...] era su vida y proceder tan ajustado a la ley de Dios, que con solo verle obligaba a componerse a todos los presentes” (I, 60v).

1. Contemplativo: “sin estar atendiendo a parlerías”

Conocemos el titubeo del joven Toribio cuando estudiaba en Salamanca, acerca de su vocación contemplativa. Asunto semejante nos relata su cuñado Francisco de Quiñones, a la sazón corregidor de Lima, en carta dirigida a Felipe II, el 4 de abril de 1587:

Suplico a Vuestra Majestad de rodillas, sea servido de animarle y favorecerle, porque sus pretensiones del mundo son tan pocas que si en esto se halla algún impedimento sin poderle remediar, que ha de amanecer una mañana en un monasterio (Lissón y Chávez 1944: III, 462).

Si nos fijamos en los consejos de su fiel teólogo consultor, P. José de Acosta, acerca de lo que debe ser el misionero, comprobaremos que el Arzobispo los cumple al pie de la letra:

Se citará en el texto el número romano o volumen y el número arábigo o número de folio en que comienza el testigo declarante. Existen 19 tomos del mismo proceso en el Archivo Secreto Vaticano. De todo el proceso se hizo un compendio en el *Sumario y memorial ajustado de las probanzas que por deposiciones de testigos e instrumentos se han hecho por el IS D. Pedro de Villagómez, arzobispo de los Reyes y demás Señores Jueces Apostólicos en la Causa de la Beatificación y Canonización del Siervo de Dios el IS Don Toribio Alfonso Mogrovejo, arzobispo que fue desta ciudad*. En Lima, en la imprenta de Juan de Quevedo y Zárate. Año de 1662.

que el ministro del Evangelio tenga a Dios propicio mediante la oración; que mueva a los hombres con su ejemplo; que arraiga con la beneficencia; que instruya con el catecismo, que santifique con los sacramentos [...] Por consiguiente, no dudo que la oración es la fuente de todo cuidado pastoral y de todo apostolado, con tal de que sea ferviente y asidua [...] La ayuda de la oración es sin duda tan excepcional que quien emplee todos los demás medios omitiendo ésta, nada conseguiría, aunque venga con espada y escudo, si no pone su confianza en el Señor [...] No creo yo que el P. Francisco Javier haya engendrado para Cristo tantos miles de hombres por su facundia [...] sino por sus oraciones sin duda fervorósimas, por sus ardientes lágrimas, gemidos y suspiros salidos de lo hondo; así pasaba en vela noches enteras con total entrega y llamaba a las puertas de Dios con más fuerza e insistencia que los hombres con elocuencia alguna (Acosta 1984 [1588]: 119).

En su jornada ordinaria dedicaba unas siete horas a la oración, cuatro a la meditación y contemplación y otras tres para el rezo litúrgico: cerca de tres horas por la mañana, en la tribuna de la catedral; dos al caer de la tarde y otras dos largas por la noche. Sin contar el tiempo que dedicaba por las noches, pues algunos declarantes como Ana María de Collazos, criada de su sobrino Luis de Quiñones, de quien escuchó que dormía pegado a su aposento, declarará que “dormía muy poco” dedicando a Dios lo más de la noche y “que sollozaba y daba grandes suspiros” (II, 177). Lo mismo declara fray Mauricio Rodríguez, hijo del limosnero de palacio “se le pasaban las horas de la noche en oración” (II, 558).

Sancho de Ávila, su fiel escudero desde los años de Granada, nos hablará de su espíritu de oración:

Y lo más del día y de la noche siempre estaba en oración o despacho de negocios de su Arzobispado y rezaba todas las horas canónicas [...] y mandaba que cuando estaba rezando [...] sus oraciones, ninguna persona le hablase ni entrase, porque no le perturbaran en su oración y rezo (I, 48v).

Tras entrar en Lima el 24 de mayo de 1581, cenando con su hermana Grimanesa y don Francisco de Quiñones, se retira a descansar. Le dice a Bernardo de Alcocer que le avise bien temprano al día siguiente.

- ¿Cómo tan pronto?
- Es que el deber está antes que el sueño, y sabed que para gobierno de la Iglesia estoy aquí. Por decreto de Dios tenemos que aplicarnos y lo haremos; porque hermana, no hay que olvidar que no es nuestro el tiempo.

Era eminentemente activo porque era un gran contemplativo. No era suyo el tiempo porque vivía el instante eterno que no vuelve. Cuentan que se levantaba al rayar el alba, oraba en soledad, celebraba la misa y recogido, se retiraba a algún lugar solitario de su capilla y "se estaba de rodillas dos horas sin que le inquiete cosa alguna". Por la tarde, al toque de la plegaria, volvía a retirarse para pasar otras dos horas en oración. Cuenta también su escudero Sancho que hacía frente a los aguaceros de la selva:

tapándose con el caparazón de la silla de la mula, y al hambre la mataba, tras largas y agotadoras cuestras, con un pan de centeno que repartía entre los que con él iban con una eucaristía y un poco de agua del río. Pasó mucho trabajo y en él todo iba alabando a Dios y cantando las letanías de su Madre, la Madre de Dios.

Diego Morales, que tan estrechamente vivió con el Santo por ser su secretario particular, destacará también este espíritu de oración

De noche, en dando la oración, se recogía a solas y vacaba y se daba a la oración y divina contemplación hasta las 8 de la noche que eran dos horas largas; y en dándola se ponía a rezar maitines con sus capellanes que duraban otra hora o cerca de ella; y dando las 9 tomaba un poco de pan y agua como tiene dicho y luego volvía estando a solas en una sala donde de ordinario habitaba a rezar y tener sus devociones y contemplaciones y decir el oficio de difuntos y el de Nuestra Señora, en que gastaba más de dos horas y media hasta que este testigo le decía que ya eran cerca de las doce de la noche, que se acostase. Era muy cuidadoso en decir misa los días de fiestas y domingos, y antes que dijera la pasaba y miraba las reglas del misal y se preparaba con gran fervor para la celebración de la misa (I, 167v).

Por su parte, su sobrina doña Mariana de Guzmán Quiñones, de ochenta años, declarará:

Cuando el dicho siervo de Dios se ponía a rezar, ninguno se atrevía a hablar ni a hacer ruido por pequeño que fuese guardando toda la casa notable silencio". Como el santo preguntase a sus sobrinos sobre sus devociones, le contestó: "si todo aquello no se hace con atención y devoción sin estar atendiendo a parlerías, no es de provecho alguno (II, 417).

Esta preocupación por crear un clima de silencio en sus aposentos nos la refiere Julia Espínola Marmolejo, monja del monasterio de la Trinidad, quien dice conocerle por haber sido confirmada en San Sebastián de Huaraz (corregimiento de Huaylas) de su mano y por residir en casa de su padre, el cual:

ponía mucho cuidado en que se desembarazasen los aposentos que caían hasta el oratorio de su casa porque solía hallar orando al dicho siervo de Dios en una soledad entre unos peñascos que estaban detrás de un obraje fuera del pueblo y porque no estuviese expuesto a tanta inclemencia del frío, le rogó y alcanzó del dicho siervo de Dios, se viniese a orar al dicho su oratorio y que para que tuviese toda quietud mandaba a sus hijos y criados que sacasen de las despensas lo que era menester por que no le causasen ruido o divertimento alguno (II, 165).

2. Corazón virginal: "era un ángel"

En la síntesis preparada para el proceso, pregunta ocho, se inquiriere: "En la honestidad y castidad fue raro ejemplo desde que tuvo uso de razón y por los ejemplos que dirán los testigos parecía nimio en recato para no dar mal ejemplo ni nota de su persona".

Lo cuenta Diego Morales:

Desde sus tiernos años consagró a Dios su virginidad [...] Siendo estudiante fue tan casto y limpio desde su niñez, que en su presencia no había lugar de decir palabra descompuesta ni deshonesta; y estudiando en Valladolid, viéndole sus compañeros tan casto y recatado, dieron orden de cómo meter una mujer hermosa y de mal vivir para que maculase su pureza; y él, como un valiente soldado y otro José santo, la reprendió y casi maltrató, de manera que salió victorioso de aquel mal intento que tenían sus compañeros (I, 167v).

Este mismo sentimiento de pudor lo recalcan, entre otros, Bartolomé Menacho y fray Diego de Trebejo. Estaba doña Juana de Toledo “señora muy principal, noble y virtuosa, vecina de la ciudad de Zaña, y muy rica”, en Trujillo; como se enterase que el santo tuviese lastimada la mano por la picadura de un animal ponzoñoso, le pidió que se la mostrase para aplicarle algún remedio; a lo cual se negó Mogrovejo,

“y por todo el camino le iba diciendo a este testigo [Bartolomé Menacho]: la mano nos quería ver, repitiendo esto muchas veces, cosa que a este testigo causó grande admiración”, aunque Esteban de Salinas dirá que “era un ángel; siempre fue el señor Arzobispo un ejemplo de castidad en sus palabras y obras” (I, 344).

3. Santidad: “reventar y no hacer un pecado venial”

Sancho de Ávila afirmará rotundamente que “no consintió que Nuestro Señor fuese ofendido en nada”; el mismo testigo nos cuenta que se le oía quejarse continuamente: “No ofendáis a tan gran Señor, nuestro Dios”, que era un eco del lema de su vida: “Reventar y no cometer un pecado venial” (I, 48v).

Diego Morales declara que:

siempre andaba cuidando de la honra de Dios y que en nada fuese ofendido, y sentía sumamente cuando oía jurar a alguna persona y le reprendía y decía no juréis, vuestra palabra sea sí sí, no no, no ofendáis a tan gran Señor; y muy ordinariamente decía: reventar y no hacer un pecado venial; y así este testigo nunca jamás le vio ni oyó pecado mortal ni venial, ni imperfección chica ni grande, todo era dado a Dios y embebido en él (I, 167v).

Su sobrina Mariana de Guzmán Quiñones: “Muchas veces le oyó decir esta testigo al dicho siervo de Dios reventar y no hacer un pecado venial” (II, 523).

4. Penitencia: “sin descansar”

En la ascética y mística oración y penitencia van a la par. Como afirmaba Santa Teresa “oración y regalo no se compadecen”. Todos los

testigos coinciden en afirmar que Mogrovejo usaba cilicios y disciplinas ordinariamente por la convicción de que el cuerpo debía servir libremente al espíritu. Tal actitud, que tanto cuesta comprender a nuestra mentalidad, era la habitual en los tratadistas y cristianos de la época. Baste con citar el texto de una de las obras más difundidas de la espiritualidad jesuítica, tan cercana al Prelado: "Si queréis ver cuánto habéis aprovechado en la virtud, mirad cuánto os habéis mortificado; qué tan vencidas y domadas tenéis vuestras pasiones y malas inclinaciones" (Rodríguez 1990).

Junto a esta penitencia hay que señalar su austeridad en el comer, vestir y dormir, y que fue destacada por todos los declarantes.

Diego Morales destaca, además, su laboriosidad: "Toda su vida fue un continuo trabajo sin descansar, cuidando de las cosas del culto divino". Y acerca de la comida,

Era hombre muy abstigente y de muy poco comer, no cuidaba de regalos; mientras comía le leían lección del *Flos Sanctorum* o del breviario y este testigo le leyó hartas veces; su comer ordinariamente era una escudilla de caldo y un poco de carne los días de carnal y unas cebollas sin otro regalo ninguno; el tiempo que este testigo le sirvió no le vio comer aves ni huevos ni manteca ni leche ni tortas ni dulces ni regalo ninguno; y los días de pescado todos los ayunaba y las vigiliass, témporas y cuaresmas y no comía en ellas otra cosa que un poco de pescado cocido en agua y sal y no habiéndolo unas ruedas de calabaza fritas con aceite y no otra cosa y mandaba que le buscasen unos pescados llamados machetes que todos son espinas sin género de pulpa ni de sustancia y éstos apeteecía y decía que le sabían bien solo por mortificarse y por no comer; y si alguna vez los curas en las visitas porque comiese alguna cosa le hacían algún manjar con leche, sabiendo que él no comía leche le decían que no era leche de cabras sino de almendras, en lo cual le procuraban engañar siquiera por que comiese; y en sintiendo que le decían esto por el mismo caso no lo quería comer; y de noche los días de carnal no tomaba más que un poco de pan y agua o una manzana verde, y otras noches no tomaba nada. Todo él decía estaba ocupado en despachar los negocios [...] no tenía hora ociosa y se estaba en ayunas hasta la una y cerca de las dos hasta que le llamaban a comer y nunca le vio este testigo pedir de comer ni decir que tenía hambre (I, 167).

La que fuese cocinera en la casa arzobispal y luego religiosa clarisa, Ana María de Collazos, añadirá sobre su austeridad en el comer:

Era muy abstigente y templado en su comida porque de ordinario en días de carne era un riñón de vaca cocido en agua y ése sin sal, ni otro aderezo más; para guisarlo después en la mesa le echaban los criados un poco de pimienta solamente y en cuanto a los días de pescado solía ser su comida ordinaria: unas habas cocidas con agua, sin sal y una poca de calabaza cocida y frita en aceite, pero también sin sal, y la espolvoreaba también con pimienta y no comía otros guisados aunque los pusiesen a su mesa bastantemente para su provisor el Dr. Valcázar, difunto, y para todas personas que solían comer a la mesa [...] Continuamente ayunaba y que se abstenía de comer huevos, leche y cosas guisadas con manteca (II, 177).

Gregorio de Arce declara que, al ver lo poco que comía, se atrevió a decirle que “mirase lo que hacía porque era disminuir su salud y sustento”, a lo que el Arzobispo respondió: “que ya tenía la naturaleza habituada a ello” (I, 615).

Gaspar de Villarroel llega a sentenciar que murió de hambre:

Fue toda su vida tan templado, que acabando el curso de ella en la ciudad de Saña, abriendo los cirujanos su cuerpo para embalsamarlo, y habiéndole aserrado el caso, le hallaron ejutos y sin humor los sesos. Y los médicos todos contestaron, que la inedia le quitó la vida, y había muerto a manos de la abstinencia (De Brouwer 1938: 320).

5. Sonriente: “con mucha alegría y la boca llena de risa”

El doctor Fernando de Guzmán, Maestrescuela de la Catedral, primer rector del Seminario y tres veces rector de la Universidad de San Marcos, y muy cercano al Santo, destacará que siempre iba “tratando a sus súbditos con suma llaneza y amor de Padre y Pastor, siempre con un *rostro alegre* y unas entrañas de ángel” (I, 30v). Lo complementa Diego Morales: “alegrábase cuando venía algún pobre a horas de comer a su casa y especialmente siendo indios a los cuales daba de comer en su mismo plato” (I, 167v).

Juan de Cáceres Farfán, ayudante de Sargento Mayor,

le habló muchas veces familiarmente y se hospedó en su casa y lo fue acompañando en toda la jurisdicción de Trujillo y por tiempo de más de diez y doce días andando visitando. Y cayendo en una ladera, llegó este testigo a asirle de la mano, y le dijo el dicho arzobispo que el demonio le

debía de haber hecho caer, porque no fuese en busca de los dichos indios. Y, sin embargo, de todo bajaron y llegaron hechos pedazos de cansados y este testigo bien arrepentido de haber bajado por parte tan peligrosa por donde no se podía andar a caballo ni con carneros. Y así dejaron las cabalgaduras en lo alto más de tres leguas. Y el dicho arzobispo, *con mucha alegría y la boca llena de risa*, sin comer bocado en todo el día, llegó a donde estaban los dichos indios con tres o cuatro hijas y hijo, de más de catorce y quince años, que tenían ya nietos sin bautizar. Y estuvo todo el dicho día allí y una noche, sin tener camas ni qué comer (I, 357; cursiva nuestra).

6. Trato apacible: “y en todo era muy llano y muy suave”

Fue el primer valor destacado en la síntesis presentada por la Comisión formada para el proceso: “Humildísimo en todo trato y conversación, vestido y suma llaneza con todos, así españoles como indios y negros”. Sancho de Ávila dirá de él: “Fue humildísimo el dicho Sr. Arzobispo en todo trato y conversaciones y palabras que donde veía un indio, aunque fuera en un huaico que estuviese una y dos leguas cuesta abajo, bajaba a verlo” (I, 48v).

El licenciado Esteban de Salinas, presbítero de León (España), aunque no le conoció ni trató se informó por otros testigos que le vieron “muy llano con todo género de personas, así españoles como negros e indios y que en sus conversaciones y en todo era muy llano y muy suave y trataba con todos y los amaba y quería meter en su corazón” (I, 344).

Gaspar Lorenzo de Rojas dirá:

Y así mismo se holgaba de conversar con personas pobres, humildes y enfermos, viles y miserables, procurando la salvación de sus almas y muy especialmente con los indios; y, finalmente juzgaba de sí era el menor de todos y que todos eran superiores a él (4 II, 39).

Estos testimonios nos revelan el gran cariño volcado por el Santo en sus fieles que “le salían a recibir cantando y diciendo: ¡padre santo viene!”, “Le quieren y le aman como si fuera padre de cada uno”; tanto, que al dejar el poblado y continuar su peregrinación “lloraban su partida como si se les asumentara su verdadero padre”, dirá Sancho de Ávila en 1595 (García Irigoyen 1904: 131-140).

7. Infancia espiritual: “regalos y confites para los pequeñuelos”

El P. Juan Vásquez, S.J. doctrinero de los indios del Cercado de Lima, nos habla de su cariño por los niños:

fue humildísimo en tal manera que con los pobres indiecitos tenía gran familiaridad y los trataba con mucho amor, y deseaba que fuesen instruidos y enseñados en los rudimentos de la fe y en buenas costumbres. Y, estando este testigo en el Cercado, siendo doctrinero en él, vino algunas veces el dicho señor arzobispo a visitarlo y en persona iba a la escuela donde aprendían a leer los muchachos y él mismo les enseñaba la cartilla y los mostraba a leer; y recibía tanto gusto que le parecía estaba en los mayores entretenimientos del mundo, porque era muy amigo de los pequeñuelos, y con la demás gente *era muy tratable y muy conversado, y tenía tanto amor que los metía en sus entrañas como si fuera padre de cada uno* (I, 499, cursivas nuestras).

Diego Morales, por su parte, dirá que,

se aficionó de él, de manera que siendo muchacho deseó entrar a servir esta iglesia de monaguillo para tener ocasión de verle cada día y besarle la mano y tener entrada [...] y a todos los pobres indios que encontraba los abrazaba y acariciaba (I, 167).

Ana María de Collazos, monja de la Encarnación, analfabeta,

vio muchísimas veces al dicho siervo como a niña que entonces era y se acuerda esta testigo en especial de que viendo el dicho siervo de Dios a esta testigo y a D. Luis de Quiñones, sobrino del siervo de Dios, que eran niños y andaban travesando como tales sobre una pared, mandó a sus criados que no les riñesen porque con el temor no se turbasen y se cayesen; pero luego mandó que se levantase mucho más alta la dicha pared para que no pudiesen subir en ella más (II, 177).

El contador Alonso Rodríguez de Pulgar, receptor general de penas de cámara, señala que le conoció en su casa por haberse criado con sus pajes y que “algunos juguetes que el dicho siervo de Dios dio a este testigo siendo niño los guardaban los dichos sus padres y los veneraban como de santo canonizado” (II, 330).

Gaspar Lorenzo de Rojas, natural de La Paz, a sus 115 años, casado, labrador, recordará vívidamente que:

el dicho siervo de Dios llevaba algunos regalos y confites para acariciar y atraer así con más facilidad a los indios pequeñuelos para con eso enseñarles la doctrina cristiana y ley evangélica [...] Y así mismo se holgaba de conversar con personas pobres, humildes y enfermos, viles y miserables, procurando la salvación de sus almas y muy especialmente con los indios; y, finalmente juzgaba de sí era el menor de todos y que todos eran superiores a él (II, 394).

Igual recuerdo guarda el capellán de Santa Clara de Lima, Juan Sánchez de la Madrid, natural de Jerez de la Frontera. Como fuese campanero de la Catedral, conversó con el Arzobispo, quien le estimuló a que aprendiese bien el catecismo y que sería bueno que se hiciera clérigo para que desempeñase su función de campanero de cuadro con la más firme tradición de la Iglesia (VIII).

El Santo se complacía en convivir en el pueblo de Caraz, por el año de 1604, porque en el dicho pueblo le confirmó a este testigo donde le habló cuatro o cinco veces, preguntándole el dicho siervo de Dios “si sabía la doctrina cristiana y si acudía a la escuela y otras cosas de que al presente no se acuerda”.

8. Valentía: “sin haber oído palabra descompuesta”

Los apartados 6 y 7 del cuestionario nos hablan de dos sólidas virtudes, la paciencia y la fortaleza, sobre las que se cimentó la vida del Santo:

La paciencia y sufrimiento en trabajos y contradicciones sin haber oído palabra descompuesta ni [*sic*] y habiéndose visto en grandes y graves peligros, salía de ellos contento y sosegado dando gracias a Dios sin alboroto ninguno. La fortaleza y constancia de su ánimo fue tan singular que con ser humildísimo como está dicho, fue juntamente gravísimo en representar su dignidad y autoridad defendiéndola sin complacer y con quiebra de su honor a las potestades seculares”.

Habría que citar las tres visitas generales y las visitas apostólicas a lo largo de su vida, que suman unos 40 mil kms. a pie o en mula,

sorteando todo tipo de adversidades naturales (fríos, calores, riadas, sequías, etc.) y con un ritmo galopante en su labor pastoral. Debe superar adversidades como las del virrey Cañete (Seminario, visitas, etc.), el Cabildo Catedralicio en su intento de levantar el templo catedralicio, los propios inquisidores, los obispos en el Tercer Concilio Limense, los encomenderos, los corregidores, algunos doctrineros poco amigos de reformas, la disputa acerca de la posesión de dominios del arzobispado, la advocación de Nuestra Señora de Copacabana.

9. Solidaridad: "todo lo daba a los pobres"

Hoy habría ganado el Premio Nobel de la Paz en virtud de su compromiso solidario, su lucha por la promoción de los derechos humanos y su ferviente caridad. En su tiempo se le tituló "el limosnero". Acaba de publicar Guillermo Lohmann las cuentas (Lohmann Villena 1992) que su fiel administrador y esposo de su hermana Grimanesa, D. Francisco de Quiñones, administraba al Santo. Su primer biógrafo, León Pinelo, encarece el desprendimiento del prelado: "Testigo hay que le da la palma en ella [*la caridad*] y dice que se pudiera llamar santo Toribio el limosnero" (León Pinelo 1653). Uno de los declarantes en el proceso de beatificación llegó a señalar que "para tener más que repartir, moderaba su gasto todo lo posible". El propio santo lo confesaba también en carta al Papa: "[...] distribuyendo mi renta a pobres con ánimo de hacer lo mismo si mucha más tuviera" (García Irigoyen 1904: 238-254).

Los agentes administradores de la caridad fueron sucesivamente el canónigo doctoral Juan de la Roca, obispo de Popayán; su sobrino del mismo nombre que fue arcediano de la catedral de Lima, y su primo y cuñado Francisco de Quiñones y Villapadierna.

Su mayordomo, muerto el santo, presentó una carta en que el arzobispo le instruía que si para cumplir y pagar todas las limosnas que le había encargado no bastasen sus rentas, vendiese su pontifical para solventarlas.

El tradicionista Ricardo Palma recoge una escena ilustrativa. En una ocasión, no teniendo que dar, regaló el candelabro de plata de su dormitorio, quedándose con la bujía en la mano. Otra noche pasaba con un familiar por la puerta del palacio del virrey. El centinela dio la voz de:

- ¡Alto! ¿Quién vive?

- Toribio.

- ¿Qué Toribio?
- El de la esquina.

Con esta respuesta salió el oficial de mal talante a reconocer al burlón prometiéndole hacer dormir sobre una tarima del cuerpo de guardia. Pero se encontró con el arzobispo que conducía en sus hombros un moribundo (Palma 1874: 67-75).

Tenía especial predilección por los enfermos. Solía visitarlos con frecuencia y socorrerlos a la vez. La renta de los hospitales era sagrada para él, sufriendo numerosas contradicciones por mantener tal aplicación. Incluso se le llegó a calumniar acusándole ante el Rey de que disponía del tomín destinado al servicio de los enfermos. Durante sus visitas pastorales cuidó siempre de la fundación de casas de misericordia en los pueblos en que no existía.

En el resumen de su vida preparado con motivo del proceso de beatificación el artículo tercero inquiriere a los testigos cuántas veces lo han visto,

predicando a una a los indios por su propia persona y socorriéndolos en sus necesidades y enfermedades a todos los pobres, dándoles largas limosnas, gastando en esto toda su renta con tanto desinterés que no sabía qué cosa era dinero ni codicia hasta quitar de su propia persona y casa lo necesario.

Así lo confiesa uno de los testigos, el P. Tomás de Mayorga:

Fue gran limosnero, que todo lo que tenía lo daba a los pobres, hasta sus propias vajillas, esclavos, mulas y vestidos. Y quitaba de su persona lo necesario porque no faltase a los pobres, gastando su renta [...] en dar a los pobres largas limosnas (I, 408).

Para los pobres vergonzantes nombró un ministro de confianza, Vicente Rodríguez, para las limosnas secretas. Declaró el hijo de este mayordomo, el sacerdote Mauricio Rodríguez, que tenía encargado hacer padrón de los pobres,

para que cada semana fuesen socorridos con sus limosnas para el gasto ordinario suyo y de sus mujeres e hijos con mucha liberalidad, cuidando de su vestido y demás cosas necesarias para pasar su vida. Y estas limosnas se hacían entre personas huérfanas, viudas y necesitadas [...] Y en el

remedio de doncellas pobres huérfanas daba limosnas muy largas" (I, 558).

Otro, testigo, Juan Delgado León, manifestó que: "Y de tal manera llegó a socorrer las necesidades de los menesterosos que fue comúnmente llamado el Padre de los pobres" (II, 556).

El licenciado Francisco de Espinosa, sacerdote, atestigua que "en su casa vio [...] infinitas veces pobres que entraban y salían, y todos con remedio [...] No sabía qué cosa era poseer dinero, ni lo manejaba, porque todo lo tenía[n] su hermana y cuñado, por cuya mano se daban las limosnas, y toda la renta daba y gastaba en los pobres" (I, 308).

Su inseparable escudero Sancho de Ávila anotará fielmente: "este testigo ha visto sus libros del gasto, por ellos parece haber dado de limosna, de diez años a esta parte, a los pobres, hospitales, viudas y religiosos, más de 120.000 pesos" (I, 48v).

En la sala capitular de la catedral de Lima, su retrato lleva una hermosa leyenda alrededor que lo dice todo: "Fue muy limosnero, sin reservarse ni aun su camisa".

10. Rectitud de conciencia: "nunca cupo mala sospecha"

"4. La sinceridad y candidez de su ánimo fue tanta que en alma tan limpia nunca cupo mala sospecha de nadie ni creía mal que le dijese de otro, antes volvía por todos y les defendía con modo santo y discreto".

Los primeros interrogantes o dudas le vinieron tras la visita realizada al Cabildo Catedralicio de Lima. Puestos sus ojos en la iglesia metropolitana de Sevilla consultará sobre la disciplina capitular y el orden en las procesiones. Posteriormente, enviará a Roma una lista de hasta 37 dudas que se le ofrecían en el gobierno de la Arquidiócesis; unas cuantas se agruparían en asuntos de competencia del Conciliar, los obispos y el metropolitano; otro grupo de cuestiones se relacionaban directamente con la jurisdicción del prelado sobre los religiosos párrocos de indios, los monasterios de monjas, sobre la absolución de los excomulgados, la contribución de los seglares al Seminario, posturas litúrgicas, la posibilidad de absolver a los indios de la idolatría y la posibilidad de llevarse la décima parte de un ducado los secretarios.

La resolución de las dudas planteadas no recibieron contestación hasta el reinado de Lobo Guerrero, pero sirvieron para iluminar el magisterio de los concilios posteriores de Lima, así como el de los prelados en casos difíciles.

II. Conclusión: estos diez [...] se encierran en una

Fue su sucesor en la sede limeña y que hoy duerme el sueño eterno en la misma capilla de la Catedral, el cardenal Juan Landázuri Ricketts, en su pastoral con motivo del IV Centenario del Tercer Concilio Limense, en 1983, quien convidaba a acercarse a,

su figura de legislador y organizador, embellecido con los rasgos dulces y bondadosos del Pastor Bueno que da toda su vida por las ovejas, que resplandece todavía con vívida luz y marca rutas y metas a Pastores y fieles en esta hora en que vivimos.

De igual modo, su sucesor también, hoy arzobispo emérito, cardenal Augusto Vargas Alzamora, en 1991, víspera del V Centenario de la evangelización en América, obsequió al Perú una sustanciosa carta pastoral en la que se dirigía al "Intrépido obispo y misionero, como inspirador de la Nueva Evangelización".

Podríamos recapitular que todos los valores destacados por los testigos se encarnan en un tierno amor por Santa María, tal como nos narra su fiel secretario Diego Morales. Acabada la visita, como a las cuatro de la tarde,

partió para el pueblo de Mala, y, habiéndole anochecido en el camino por ser muy pedregoso y de cuesta, pasó mucho trabajo, y en todo él iba alabando a Dios *y cantando la letanía de la Madre de Dios*, y el dicho padre fray Melchor de Monzón que venía con este testigo y el dicho licenciado Cepeda le respondían, que no parecía sino que venía allí algún ángel cantando aquella letanía, con lo cual no sintió el camino (I, 167v; cursiva nuestra).

Otro de sus primeros biógrafos, Antonio de Lorea, cronista de la orden dominicana, siempre atento a lo que significa señalarse en la devoción mariana, subrayará esta constante y compendiada actitud de su amor mariano:

Con amor de hijo venerabala siempre con tierno afecto rezando todos los días su Oficio Divino a que añadía muchas oraciones y preces y por corona de sus devociones el Rosario, sin que en ningún día faltase a esto, aunque las ocupaciones fuesen muchas y graves. Todos los sábados ayunaba con reverencia suya (Lorea 1679: 6).

Bibliografía

ARCHIVO ARZOBISPAL DE LIMA

Actas del proceso de beatificación de Santo Toribio. 16 legs.

ACOSTA, José de

1984 [1588] *De procuranda indorum salute IV*, 16.1. Salamanca: Edición Consejo Superior de Investigaciones Científicas, t. II.

ACTAS

1906 *Actas y Decretos del Concilio Plenario de la América Latina*. Roma: Tipografía Vaticana.

DE BROUWER, Desclée

1938 "Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio". En *Los cronistas de convento*. París.

DOCUMENTOS PALABRA

1985 *A la conferencia episcopal del Perú*. Madrid.

ECCLESSIA IN AMERICA

1999 Nos. 14 y 15, Lima.

GARCÍA IRIGOYEN, Carlos

1904 *En carta al Papa desde Lima en 1598*. Lima.

1907 *Santo Toribio: obra escrita con motivo del tercer centenario de la muerte del santo Arzobispo de Lima*. Lima: Imp. y Lib. San Pedro.

LEÓN PINELO, Antonio de

1653 *Vida del Ilustrísimo y Reverendísimo Don Toribio Alfonso de Mogrovejo*. Madrid.

LISSÓN Y CHÁVEZ, Emilio

1943-1947 "La Iglesia de España en el Perú". *Colección de documentos para la historia de la Iglesia en el Perú*. Sevilla: EHES, t. III.

LOHMANN VILLENA, Guillermo

1992 "Santo Toribio, el limosnero". *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. 19: 65-78. Lima.

LOREA, Antonio de

1679 *El bienaventurado Toribio Alfonso Mogrovejo, Arzobispo de Lima. Historia de su admirable vida, virtudes y milagros.* Madrid.

PALMA, Ricardo

1874 "Las querellas de santo Toribio". En *Tradiciones peruanas*. Lima: Imprenta liberal de El Correo del Perú.

PUENTE CANDAMO, José Agustín de la

1992 "Santo Toribio y la formación del Perú". En *Historia de la evangelización de América Pontificia Comisión para América Latina*. Ciudad del Vaticano.

RODRÍGUEZ, Alonso

1662 *Sumario y memorial ajustado de las probanzas que por deposiciones de testigos e instrumentos se han hecho por el isd d. Pedro de Villagómez, arzobispo de los reyes y demás señores jueces apostólicos en la causa de la beatificación y canonización del siervo de dios el is don Toribio Alfonso Mogrovejo, arzobispo que fue desta ciudad. En Lima, en la...* Imprenta de Juan de Quevedo y Zárate.

1990 *Ejercicio de perfección.* Madrid, parte 2, trat. 1, c. 5.